

PARA UN BALANCE DE LA SITUACION ACTUAL DE LOS ESTUDIOS DE HISTORIA ECONOMICA ARGENTINA

Como estudio sistemático, la historia económica es en la Argentina tan reciente que su existencia misma podría discutirse. En cambio está lejos de ser reciente la aparición de un interés por problemas económicos retrospectivos, que se da tanto en historiadores como en economistas, estadígrafos o estudiosos de ciertas técnicas productivas. Igualmente antigua es la tendencia a proyectar hacia el pasado un interés global por los problemas políticos presentes, incluida su dimensión económica. Sin duda los resultados de ese haz de curiosidades convergentes no reemplazan los de una indagación histórico-económica encarada sistemáticamente, y en cierto sentido la hacen más difícil, en cuanto pueden crear la falsa impresión de que sí logran sustituirlos. Pero sería injusto reducir a ese aspecto negativo su eficacia: al lado de hipótesis a veces tendenciosas y a menudo tomadas por verdades comprobadas, de esa vasta curiosidad nos viene casi todo lo que sabemos sobre el pasado de nuestra economía. Para un inventario de los aportes que de estas corrientes nos han llegado intentaremos agruparlos de acuerdo con el interés principal al que iba unido el económico.

Por su caudal (no necesariamente por su calidad), el más importante de esos aportes es el que nos brindan historiadores cuyos intereses se orientan ante todo hacia lo político (o político-ideológico). Desde que Mitre señaló en los conflictos económicos la clave para entender las luchas políticas del pasado

y el presente, la búsqueda de esa clave para particulares problemas de nuestro pasado político nunca dejó de interesar a historiadores de tendencias muy variadas. Así la interpretación que Mitre elaboró de la revolución emancipadora —que subrayaba el surgimiento de sectores sociales protagonistas del ascenso económico del litoral rioplatense y se sentían constreñidos dentro del marco que en este aspecto les ofrecía el orden colonial— tiene larga vigencia; está aún en la base de las más minuciosas *Investigaciones económicas sobre el Virreinato del Plata —1927—*, de Ricardo Levene; la misma inspiración a la vez nacionalista y liberal pervive sin crítica aún en obras más recientes. Gracias a las indagaciones inspiradas en esta corriente conocemos excepcionalmente bien ciertos conflictos económicos de la etapa previa a la Revolución (de la misma manera que en Francia se examinó más temprano y más menudamente la economía de la etapa prerrevolucionaria y en Alemania la de los tiempos que precedieron inmediatamente a la Reforma). Al mismo tiempo esos estudios tomaron en cuenta hechos económicos sólo en la medida en que se los juzgaba políticamente relevantes; de este modo tendían a aislarlos de un contexto económico cuyo estudio global interesaba menos y que permanecía por lo tanto mal conocido. Estando así las cosas, no sólo el aporte de esta corriente a la historia económica es necesariamente limitado; por añadidura también la iluminación que pretende arrojar sobre el proceso político vinculándolo con el económico es a veces engañosa.

En Mitre y los herederos directos de su actitud el interés por la economía se vinculaba sobre todo con el interés por el desarrollo de la nacionalidad; este interés por los orígenes nacionales (encuadrado en una tentativa de construir una tradición historiográfica entroncada con la del liberalismo nacionalista europeo) fue paulatinamente sustituido por la creciente curiosidad en torno a los conflictos internos que marcaron el penoso avance de la nueva nación. Ello agregó a la indagación histórica una creciente dimensión polémica; antes de que ésta llegara a consolidar posiciones relativamente rígidas, llevando

cada vez más a reiteraciones no excesivamente enriquecedoras, a esa dimensión polémica debemos algunas de las obras todavía más útiles (y no totalmente utilizadas en sus posibilidades) que esta corriente nos ha dejado, y en primer término las *Guerras civiles* de Juan Alvarez —1914—, que a medio siglo de su aparición no ha agotado su vigencia. Pero aún en este libro admirable la indagación propiamente económica es insuficiente; el argumento central en este aspecto (la caracterización de la época de las guerras civiles como época de nacimiento del sector asalariado rural bajo el impacto de la expansión del salario) es falso, entre otras cosas por falta de información suficiente.

Como en la obra de Alvarez, en la mayor parte de las inspiradas políticamente, el aspecto económico es el menos favorecido; un ejemplo extremo y relativamente reciente de ello lo encontramos en la *Defensa y pérdida de nuestra independencia económica*, de José María Rosa, en que el lector halla, junto con una consternante incapacidad de descubrir una problemática propiamente económica una frecuente (y al parecer no siempre involuntaria) inexactitud.

De esta dimensión polémica lo mejor que nos ha llegado es sin duda, aparte algunas ideas estimulantes, el aporte de investigaciones que, inspiradas en una intención claramente polémica y más política que económica, consagran sin embargo una atención seria a problemas importantes para nuestra disciplina; desde la *Historia de los ferrocarriles argentinos*, de Scalabrini Ortiz, hasta el estudio polémicamente titulado por Emilio Coni, *La verdad sobre la enfiteusis de Rivadavia*. La difusión de criterios marxistas introdujo en esta corriente una inflexión más aparente que real. Sin duda, al insistir contra una visión estrechamente economicista en las vinculaciones necesarias entre historia económica e historia general (lo que quería significar todavía historia política) el planteo marxista estaba en lo justo, pero en la peculiar situación de la historiografía argentina esta insistencia misma corría peligro de confundirse con la tendencia a hacer del proceso económico tan sólo un ins-

trumento de interpretación del proceso político, a cuyo examen se recurre sólo subsidiariamente. El peligro de esta derivación, presente ya en las tentativas de Ingenieros para ubicar en un contexto económico los conflictos ideológicos de la primera etapa independiente, transformadas en una suerte de canon interpretativo no discutido durante mucho tiempo por los historiadores marxistas, no disminuye por cierto cuando a este criterio interpretativo —que continúa con algunos retoques de vocabulario, el propuesto por Mitre— es reemplazado por otros que valoran con signos opuestos las corrientes ideológico-políticas de nuestro pasado, pero tienen en común con el anterior establecer conexiones no demasiado bien fundadas entre esas corrientes y supuestas oposiciones entre sectores sociales, cuya existencia misma es dudosa. El marxismo revisionista recoge en este punto sin beneficio de inventario la herencia del marxismo neo-liberal; por ello su aporte a la constitución de una historia económica argentina digna de ese nombre es escaso.

No significa esto que al margen de las cada vez más aventuradas reconstrucciones a las que los más entre los adictos a esta corriente nos tienen acostumbrados, no debemos a ella aportes parciales muy importantes, desde los estudios honrados y laboriosos de Jacinto Oddone sobre *La burguesía terrateniente argentina* o de Luis Sommi sobre *La revolución del noventa*, hasta los más ambiciosos de la primera etapa de producción de Eduardo Astesano y la obra que —pese a sus insuficiencias— ha llegado a transformarse en insustituible manual universitario de historia económica argentina, reemplazando al incoherente texto de Luis Roque Gondra. Me refiero a la *Historia económica argentina*, del ingeniero Ricardo Ortiz. Sin duda esta obra debe a la posición marxista de su autor sobre todo sus rasgos negativos (que alcanzan acaso su punto extremo en la consternante utilización del método dialéctico para seguir las etapas de nuestra ganadería, en la que vemos a la oveja ocupando el lugar de antítesis y al frigorífico el de síntesis superior). Por el contrario, de los elementos que le ofrecía el marxismo para elaborar una imagen ordenada y rigurosa del proceso argentino

el ing. Ortiz hizo uso muy moderado. Pero la obra reúne y expone, con un orden más extrínseco que histórico, un material relativamente abundante; en este sentido la utilidad que presta sigue siendo mucha.

Algunos de los méritos de esta obra se deben a que, si su autor no era historiador ni propiamente hablando economista, era en cambio en su condición de técnico en problemas de transporte un excelente conocedor de la dimensión retrospectiva de esos problemas. Esto acerca a su libro a un conjunto de obras que cuentan entre las más valiosas dejadas por quienes se aproximaron a la historia económica desde perspectivas ajenas a ella: las debidas a técnicos interesados profesionalmente en aspectos actuales de la realidad económica argentina. Acaso la más significativa de este grupo de obras sea la *Historia económica de la ganadería argentina*, del ingeniero Giberti, que combina admirablemente el conocimiento técnico preciso con una madura problemática económica, pero junto con ella podrían mencionarse obras que sólo podrían juzgarse menores por su volumen, como la excelente *Historia de los saladeros argentinos*, del ing. Montoya, o —en un plano menos directamente vinculado con la historia— los menos recientes estudios de Dorfman y Tenenbaum sobre la trayectoria de industria y agricultura y los muy minuciosos de Schleh sobre el azúcar.

Estas obras son el desemboque actual de una corriente cuyos antecedentes más tempranos se encuentran ya a fines del siglo pasado; desde Gibson, Lemée, Daireaux y —más tardíamente— Mendoza, los estudiosos de nuestras actividades productivas no descuidaron el aspecto retrospectivo. Una dimensión retrospectiva tuvo también la actividad estadística, y la descripción geográfica de la que la primera logró hacerse autónoma sólo desde la creación —relativamente temprana— de oficinas estadísticas nacionales y provinciales. Desde mediados del siglo XIX obras como las de Parish y Martin de Moussy unen descripción geográfica y datos retrospectivos de economía; en el Estado de Buenos Aires la presencia al frente de la oficina estadística de un erudito anticuario como Trelles

hace que en los primeros volúmenes del Registro Estadístico se mezclen cifras de comercio del año en curso con otras del siglo XVI y XVII. De modo menos disperso, también la curiosidad de los sucesores de Trelles se orientó en parte hacia el pasado: los nombres de Carrasco, de Napp, de Latzina, de Bunge, que cubren tres cuartos de siglo de actividad estadística nacional, no son ajenos tampoco a aportes de estadística retrospectiva, inspirados en parte en una auténtica problemática histórica.

Ese interés por el pasado se presentó también desde una perspectiva de historia monetaria y —en general— financiera; por ella se sintieron atraídos los dirigentes de agencias financieras oficiales, deseosos en parte de buscar en el pasado lecciones para el presente: de nuevo los nombres de Agote, de Terry, de Hansen significan algo en este sentido, unido el primero a la más vasta colección de estadística financiera retrospectiva realizada en el país (que, desdichada pero también característicamente, no tuvo luego de su publicación en la década del 80 imitadores ni continuadores igualmente ambiciosos), y los dos últimos a síntesis de historia financiera y monetaria que —aunque más interesadas en justificar posiciones doctrinarias en su respectivo campo que en ubicar su tema en una más vasta problemática de historia económica— siguen siendo indispensables.

Más tardiamente comienza a darse un contacto más íntimo y más rico entre problemas económicos e históricos: es sobre todo la crisis de 1890 —que ya logró despertar el interés de un observador directo de ella, Silvio Gesell, y lo impulsó a elaborar teorías destinadas a alcanzar una elevada, si bien algo arbitraria valoración póstuma por parte de Keynes— la que, proporcionando un ejemplo particularmente adecuado de ciertos fenómenos que comenzaron a interesar a los estudiosos de economía a principios de nuestro siglo, fue beneficiada por estudios de nivel teórico excepcional en el cuadro que acabamos de ver. Fue primero Williams quien, en el marco teórico proporcionado por los estudios de Taussig sobre las relaciones entre las vicisitudes monetarias y las de la balanza de pagos, estudió en su

Argentine international trade under inconvertible paper money, 1880-1900, el proceso centrado en esa crisis; muy recientemente Ford ha utilizado el mismo ejemplo para rever los modelos teóricos de relación entre balanza de comercio y vicisitudes monetarias, en una serie de estudios sólo parcialmente recogidos en su *The gold standard. Britain and Argentina*, mientras, ya para nuestro siglo, algunos de los problemas implícitos en el más general examinado por Williams eran estudiados por el argentino W. Beveraggi Allende (*El servicio del capital extranjero y el control de cambios. La experiencia argentina de 1900 a 1943*).

La comparación entre el estudio de Williams y el de Ford nos mostrará hasta que punto la problemática económica se ha cargado de elementos históricos; sin duda Williams utilizaba un muy abundante material empírico, pero se esforzaba por llegar a formulaciones abstractas de validez general; para Ford, en cambio, el sistema mundial de patrón oro es un fenómeno histórico-concreto, y la indagación de su esquema de funcionamiento económico sólo puede hacerse con éxito teniendo presente el marco institucional en que el sistema se integra y que hace posible ese funcionamiento. Gracias a esta nueva perspectiva, puede comenzar a hablarse de la presencia de una dimensión propiamente histórica, y no únicamente retrospectiva, en el planteo de los problemas económicos.

El descubrimiento de esta dimensión lo realizan paulatinamente los economistas bajo el estímulo de los estudios y teorías vinculados con el desarrollo; a través de ellos la economía recupera laboriosamente su condición de ciencia social y de ciencia histórica. Esa problemática del desarrollo ha encontrado ya eco entre los economistas de nuestro país, estimulados en parte para ello por el impulso recibido por esos estudios en la Cepal a partir de una problemática en cuya formulación gravitó de modo importante el que durante largos años fue su director, el argentino Raúl Prebisch. Gracias a este esfuerzo el último siglo de la historia económica argentina es colocado en el marco iberoamericano, y en el aún más vasto de los países

en desarrollo; toda una caracterización (que implica una periodización) de nuestro pasado económico está implícita en expresiones que como la de “desarrollo hacia fuera” alcanzan difusión cada vez más amplia, y no sólo en círculos especializados.

Las teorías del desarrollo, que pretenden recoger en su compleja riqueza los procesos atravesados por diferentes economías desde una etapa tradicional hasta una de economía desarrollada, pretenden ser a la vez económicas, sociales, históricas, y en esta ambición está el primero de sus méritos. Sus inconvenientes son bien conocidos y no vamos a insistir aquí en ellos: tienden a dar carácter explicativo a meras descripciones de situaciones, tienden a reunir las en series a partir de una fijación de estadios iniciales y finales realizada con criterios valorativos no siempre suficientemente explicitados pero determinantes. Basta enfrentar la vasta literatura que desenfrenadamente se produce sobre el tema para advertir que la mayor parte de ella cumple muy mal sus promesas: la convergencia entre una problemática económica y una histórico-social-institucional no se da sino excepcionalmente en el plano concreto que podría hacerla fecunda; implica con demasiada frecuencia la superposición de categorizaciones económicas arbitrarias y categorizaciones sociales o institucionales también arbitrarias.

Esta insuficiente base empírica es bien advertida por el historiador frecuentemente dispuesto a reiterar las reservas expresadas en 1932 por sir John Clapham al estilo de concepción histórico-económica en etapas elaborado por la escuela de Schmoller medio siglo antes (reproducidas en Fr. Stern, *The varieties of History*, N. York, 1956, pp. 308-313). Pero no creo que pudieran compartirse hoy algunos de los fundamentos dados por Clapham a esas reservas: sería difícil reprochar a los discípulos de Schmoller haber intentado reemplazar, mediante sus esquemas de etapas históricas de la economía, la teoría económica con la generalización histórica; sería aún menos fácil aceptar que “los problemas centrales de la teoría económica, aunque pueden ser expresados en términos de alguna fase histórica particular, son en esencia independientes de la

historia". Es decir, que al recusar algunas conclusiones particulares alcanzadas por algunos expositores de teorías del desarrollo económico, o aún al rechazar las teorías del desarrollo como las más adecuadas para dar cuenta del aspecto dinámico e histórico de la economía, el historiador no podría rechazar la tentativa misma de volver a aproximar historia, economía y ciencias sociales; lo que puede y debe hacer es llevar a esa síntesis exigencias que no derivan tan sólo de su deformación profesional.

Estas exigencias sólo podrían ser planteadas con tono modesto; conviene no aliviar que si esta problemática ha sido examinada con criterios muy discutibles por economistas, ello se debió a una previa dimisión de los historiadores; todavía más, algunos de los defectos de las aplicaciones concretas de las teorías del desarrollo al caso argentino (pienso en la tentativa más valiosa, la de Aldo Ferrer en su *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, 1963) se deben a que, en su ansia por obtener resultados, los economistas hayan tomado con confianza a veces excesiva los datos que la historiografía les proporcionaba. Sería entonces excesivo reprochar en nombre de los historiadores a quienes han caído incautamente en las trampas con que la incuria de esos mismos historiadores ha sembrado con frecuencia sus obras.

La aparición de los esquemas de desarrollo debe servir más bien a los historiadores para advertir hasta que punto la elaboración de una historia económica argentina se ha transformado en tarea urgente.

¿Cómo ha de encararse esa tarea? Una tendencia vieja de un siglo aconsejaría a los historiadores comenzar modestamente por los estudios parciales, y utilizar sus conclusiones, limitadas pero seguras, en síntesis cada vez más vastas. Solución peligrosa: ante todo los estudios monográficos, por excelentes que sean, no alcanzan a cumplir la función ejemplificadora y renovadora que un marco más amplio les aseguraría (pienso por ejemplo en los excelentes de Alice Piffer Canabrava sobre *El comercio portugués en el Río de la Plata*, o de Clifton Kroe-

ber sobre *The Argentine shipping industry*, que ofrecen, sin embargo, mucho más de lo que el título anuncia, y habrían servido para proporcionar a nuestros historiadores una imagen más segura de la economía del seiscientos y del ochocientos), pero permanecen relativamente desconocidos, no sólo a causa de las dificultades que su difusión encontró en la Argentina. Pero por añadidura esos estudios son necesariamente incompletos, en la medida en que no es suficientemente conocido el marco económico general en que los hechos estudiados se incluyen. Este aspecto negativo está presente aún, por ejemplo, en los *Economic aspects of Argentine federalism*, de Burgin, que pese a él ha logrado ya, en los años que corren desde la publicación de su traducción española, una considerable eficacia para mejorar el conocimiento general, aun entre historiadores, de la economía argentina de la primera mitad del siglo XIX.

Este inconveniente no podría obviarse mediante la síntesis, realizada con criterios de auténtica historia económica, de los datos y perspectivas reunidos algo azarosamente en la vasta literatura antes reseñada. De lo que puede lograrse en este sentido tenemos un ejemplo particularmente favorable en el excelente manual universitario de W. Bliss: *La economía argentina del virreynato a Rosas*. Es sin duda alentador que a menos de veinte años del caótico libro de Gondra surja, como producto marginal de la enseñanza de nuestras facultades de ciencias económicas, esta admirablemente lúcida y ordenada *mise au point* de nuestros conocimientos sobre la historia económica del período; precisamente por sus virtudes el manual de Bliss hace fácil a sus lectores advertir en que puntos el estado actual de nuestros conocimientos es defectuoso.

Ponerlos a la altura de las circunstancias implica entonces un vasto e ineludible esfuerzo de investigación. También en cuanto a él las reglas de la prudencia heredada son peligrosas. ¿Es preciso limitarse a aquellos sectores de la economía de los que la riqueza de material estadístico hace posible obtener una imagen inobjetablemente precisa y exacta? Pero el historiador sólo elige libremente sus preguntas al precio de obtener res-

puestas que sólo le interesen a él mismo; reconozcamos que las que podría proporcionar eligiendo con criterio puramente técnico los sectores en que puede darlas más exactas, corren riesgo de responder muy poco a lo que se espera de una reconstrucción de nuestro pasado económico. Aparte las exigencias de la hora, que sería peligroso confundir con las de una pasajera moda científica (aunque a veces tomen el aspecto externo de ésta) hay una razón menos extrínseca para rechazar una investigación limitada a sectores privilegiados por la riqueza de datos estadísticos. En efecto, las conclusiones que se obtengan en cuanto a esos sectores, en la medida en que no se ubiquen en un marco proporcionado por una imagen, por aproximativa que se quiera, del funcionamiento general de la economía, serán sólo falsamente precisas y proporcionarán un conocimiento necesariamente incompleto aún del tema del que ofrecen una abrumadora riqueza de información. Esta conclusión, a la que llegaron los estudiosos de historia económica en Europa luego de dedicar años —de ningún modo inútiles— al estudio cada vez más preciso de la historia de precios, nos conduce entonces a aceptar la necesidad de un esfuerzo retrospectivo destinado a medir las dimensiones y reconstruir la estructura de la economía en distintas etapas del pasado.

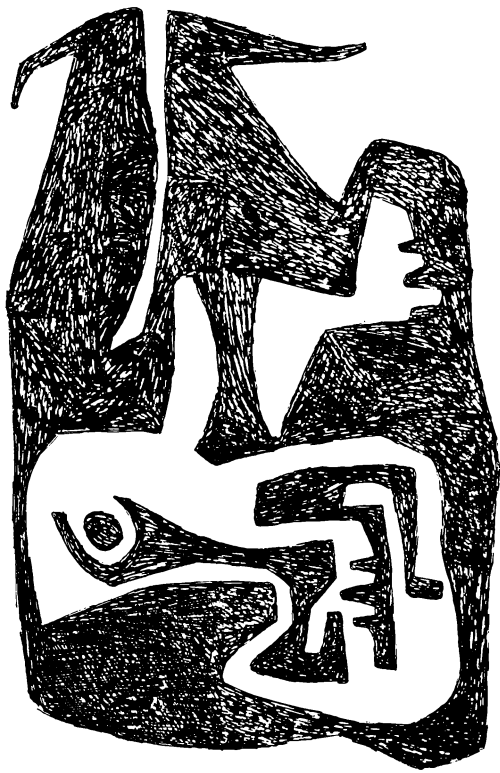
Este esfuerzo debe reconciliarse de antemano con la idea de que sus resultados estarán marcados por elevados márgenes de aproximación; aún así, no serán inútiles en la medida en que reemplacen con una imagen que se resigna a ser aproximativa la falta de toda imagen retrospectiva de la economía en su conjunto. Este país que fue llamado (y no sin serios motivos) bárbaro, contó sin embargo desde muy pronto con una administración que, aunque de lejos, seguía el proceso por el cual el Estado comenzaba a interesarse por la economía general, no sólo en la medida en que veía en ella el campo del que podría extraer su botín fiscal: desde el siglo XVIII acompañan a la documentación vinculada con un minucioso sistema de impuestos al tránsito, datos sin duda menos ricos sobre precios y estado de los mercados y estimaciones aún más salteadas sobre

volúmenes de producción. El carácter insuficiente e incompleto de estos datos es indiscutible; este defecto es limitado por las dimensiones reducidas y la relativa sencillez de la estructura económica virreinal; un equivalente de ésta (dentro de lo que de él puede hablarse) no se lo encontraría en ninguna comarca de la Europa nuclear durante la edad moderna; sería preciso buscarlo en edades anteriores, para las cuales el historiador debe manejarse con materiales incomparablemente menos ricos que los dejados por la administración borbónica y continuados (con altibajos) por sus herederas.

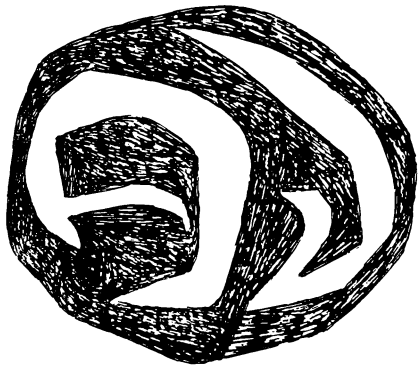
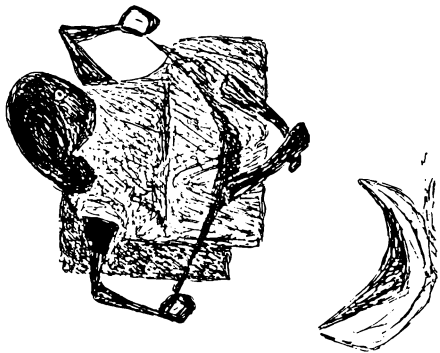
Esta consecuencia feliz e inesperada de lo que Sarmiento llamaba la coexistencia del siglo XI y el siglo XIX, y que podemos ver más sobriamente como derivada del carácter colonial del Río de la Plata, permite encarar con relativo optimismo esta vasta tarea de reconstrucción histórico-económico, de cuyas dificultades, de cuya complejidad se tendrá ocasión de escuchar menciones muy abundantes.

TULLIO HALPERIN DONGHI

Santa Fe 3114, Buenos Aires



Lacondias (Gambartes. *Mitomorfias*, estudio I.
(Prop. Dr. Jorge Taverma Irigoyen)



Leonidas Gambartes. *Mitomorfias*, estudio II.
(Prop. Dr. Jorge Taverne Irigoyen)